

ciones, pero que tiene suspenso su juicio y á salvo su fé, y que está dispuesto á ratificar con los ojos cerrados todos los que el mismo Bossuet forme sobre esas novedades sospechosas.

Esta seguridad, sin cesar renovada verbalmente y por escrito, tranquiliza á Bossuet y aplaza fulminar sus rayos.

A petición del arzobispo de París, Mr. de Noailles, se nombra una comisión de teólogos y de obispos los mas venerados de la iglesia de Francia para examinar este negocio.

A propuesta de Bossuet se llama á ella al mismo Fenelon por respeto y por imparcialidad.

Fenelon no asiste, pero promete firmar el fallo de sus colegas en el episcopado.

El examen es largo é interrumpido por circunstancias estrañas al proceso. Durante estas dilaciones procura Mad. Guyon prevenir al mismo Bossuet por medio de una aparente deferencia á su autoridad, y para ello viene á vivir á Meaux en un convento bajo su dirección. Quiere ser examinada por él; reconoce sus temeridades; le promete someterse en todo al juicio de los obispos y esperar este juicio en Meaux.

De repente sabe Bossuet que su penitenta astuta le ha engañado, que se ha escapado de Meaux y que oculta en París, sin duda con la connivencia supuesta de Fenelon, continua sus sesiones de inspirada y sus predicaciones.

No estalla todavía la cólera de Bossuet pero ruge. Los obispos lanzan al fin su fallo. Fenelon, que habia prometido firmar, rehusa su firma. Hace mas; escribe en favor de Mad. Guyon, condenada por sus colegas. Publica su libro de las *Máximas de los Santos*. Publica cartas sobre cartas contra Bossuet, cartas llenas de faltas de sumisión y cargos bajo aparentes deferencias. La opinion toma partido, las facciones pias se forman y dividen la corte y el imperio.

Bossuet, largo tiempo mudo por dolor y por respeto al episcopado, se cree al fin obligado á responder por la Iglesia y por sí mismo; en una sola carta contesta á las cuatro acusadoras de Fenelon, y en una *Relacion del quietismo* á las dudas de la opinion pública. Confunde, pero todavía con miramiento, á su antiguo discípulo; respeta en él la antigua amistad, el arrepentimiento posible, el carácter episcopal, el favor de Mad. de Maintenon, la virtud en fin de que no sospecha atacando el error. Solo por momentos é impelido por el exceso de la injusticia, deja escapar el grito de su corazón nublado, y aun ese mismo grito va acompañado del último acento de esperanza y del último eco de dolor y de ternura para Fenelon.

«He leído, monseñor, dijo al comenzar, las cuatro cartas que me habeis dirigido, y he admirado con todo el mundo la facilidad de vuestro genio, la delicadeza de vuestros giros, la vivacidad y las dulces insinuaciones de vuestra elocuencia.»

Se afije y justifica de la necesidad de hablar.

«Si el autor de estas novedades, ya condenado por la Iglesia antes que por nosotros, las oculta, envuelve y mitiga, y por este medio no consigue otra cosa que hacerlas mas suaves, insinuantes y peligrosas, ¿convendría por el bien parecer del mundo dejar que se deslicen debajo de la yerba y relajen los santos rigores del lenguaje teológico? Si he hecho algo mas que esto, que se me demuestre. Si es eso lo que he hecho, Dios será mi protector contra las molicies del mundo y sus vanas complacencias.»

Bossuet acabó tambien por experimentar, acaso demasiado vivamente, la injuria humana bajo la injuria de la fé, y él mismo lanza la injuria oratoria á su adversario, en otro tiempo su hijo.

«Después de esto, dice, no tengo nada que decir, monseñor, y me limito á dar á vuestras cuatro cartas esta única respuesta. Si se encuentra en vuestros escritos algo digno de consideración, que no haya todavía refutado, contestaré por otros medios (la autoridad romana y la autoridad pontificia). En cuanto á las cartas, escribid todas las que os plazca; dividid la ciudad y la corte; haced admirar vuestro talento y elocuencia, y repetid las gracias de las *Provinciales* (cartas recientes de Pascal que habian encantado al mundo y entristecido á la Iglesia). No quiero tener ya parte en el espectáculo que al parecer quereis dar al público.»

«Una nueva profetisa, esclama en otra parte, ha emprendido resucitar en nuestros dias la heregia; esta es la criatura de que se habla en cinta; la obra de esa muger no está acabada. El arzobispo de Cambrai, un hombre de esa elevación, ha entrado en ese desgraciado misterio; no dirá que ha ignorado esta ridícula comunicacion de las gracias por medio de una muger demente, ni sus profecías, ni su pretendido estado apostólico de impecabilidad, y sin embargo se sabe por su propia confesion que ha dejado que esa muger sea estimada por santas ilustres personas que se fiaban en él. Ha, pues, consentido que sea estimada una muger que profetizaba las ilusiones de su corazón!...»

«Yo sin embargo nada he dicho sino des-pues que la caridad y la dulzura han hecho su último esfuerzo. En lo que concierne á Mr. de Cambrai harto me justifican los hechos y sus cartas. ¿Dónde se colocará esa envidia que me imputan á mí y á mis colegas? Y si es preciso justificarse de tan baja pasión, ¿qué podíamos envidiar en el nuevo libro de ese arzobispo? ¿Le envidiaríamos la gloria de pintar con bellos colores una muger como madama Guyon? Si Dios ha querido que la Iglesia tuviese en la persona de uno de sus obispos ese prodigio vivo de seducciones, y si esa Priscilla ha hallado su Montano para defenderla,

procure evitar ese obispo, pues es tiempo todavía, los juicios de la Iglesia. En cuanto al rey, que por respeto quiere dejar á la Iglesia toda la libertad de su examen y de su fé, ¿qué tendrá de extraño sin embargo que sostuviese con su autoridad á los obispos que marchan por el camino recto?»

Así vemos donde quiera en Bossuet seguir la apelacion á la fuerza demasiado cerca á la apelacion al buen sentido. Tal es el vicio de las convicciones dominadoras y de los caracteres despóticos.

XV.

En esa polémica acerca de Mad. Guyon, escaptando algunas palabras acerbas escapadas al ardor de su fé y á la revindicacion de su carácter, palabras harto provocadas por los apóstrofes mas indirectos, pero mas ofensivos, de Fenelon, Bossuet se muestra hasta aqui, en esta contienda, el hombre del buen sentido, de la paciencia y del deber. Fenelon es el hombre de ilusion, de inesperienza y de desorden. El uno sueña como visionario, contrista á su maestro, forma secta de algunas mugeres exaltadas, se oculta al juicio, se compromete, se retracta, abusa en fin de la paciencia y del oráculo de la Iglesia para llamarle á pesar suyo á la liza y publicar bajo la apariencia de justificacion, acusaciones contra Bossuet sin justicia como sin verdad.

El otro piensa como apóstol y como político; tiene la paciencia de un amigo, compadece como viejo; hace esfuerzos sobrehumanos para amortiguar el ruido y circunscripto el escándalo á las paredes del santuario; no estalla en fin, y no estalla con lágrimas sino cuando su silencio sería una defeccion de su episcopado, una traicion de su ministerio y una deshonra de su carácter insultado.

Hasta ahora, toda superioridad de razon, de medida, de miramientos, de tolerancia y de conducta queda por Bossuet. La lectura de las polémicas reciprocas de estos dos antagonistas le engrandece, así como disminuye á su rival.

Estos dos hombres no aparecen ya al mismo nivel: algo de la inconsistencia femenina se traspira en la actitud y en el acento de Fenelon: Bossuet tiene el acento del hombre, y del hombre honrado. Puede juzgarse de él por los siguientes fragmentos de su última réplica á Fenelon; su indignacion contenida duplica en ellos la fuerza de las palabras y la reticencia es mas significativa que estas.

«Monseñor:

«He visto cuatro cartas que me habeis dirigido y he admirado con todo el mundo la fertilidad de vuestro genio, la delicadeza de vuestros giros, la vivacidad y las dulces insinua-

ciones de vuestra elocuencia. Conque variedad de bellas palabras representais «que se hace soñar con los ojos abiertos, y que por lo demás no es lícito acusaros de tan groseras contradicciones, sin haber probado jurídicamente que habeis perdido el uso de la razon.»

«Llevais la queja hasta decir: si soy capaz de tal locura, de que se encontraría siquiera ejemplo entre los insensatos que existen encerrados, no puede ser culpado de nada, y á vos en todo caso sería preciso censurar por haber escrito de una manera tan seria y viva contra un insensato.» ¡Qué elegancia en estas espresiones! ¡Qué belleza en estas figuras! Pero, después de todo, hay que convenir en que las pruebas de esa naturaleza en un punto de hecho, en que se trata de saber si os habeis contradicho ó no, no pueden ser sino deslumbradoras, y que es necesario volver á la verdad...»

«Sería preferible haberse explicado con mas precision y emplear su talento en definir bien sus palabras para hablar con consecuencia, que darlas torniquete fuera de tiempo para salvarse como se pueda. Mas ¡ay! las contradicciones son un accidente inseparable de la enfermedad que se llama error, y de la que se llama vana y falsa sutileza; la prevencion pide una cosa y la verdad presenta otra; se aventuran cosas sutiles y alambicadas que no pueden retenerse en la memoria, y con respecto á las cuales es natural la contradiccion. Cualquiera que sea atacado de estas enfermedades, haga lo que quiera, no puede jamás evitar el contradecirse; porque el que yerra, es necesario que vaya á parar á cierto punto donde caer irremisiblemente en la contradiccion. Cuando San Pablo dijo de los falsos doctores que no entienden lo que dicen, ni de qué hablan tan afirmativamente; cuando dijo que la falsa ciencia está llena de contradicciones, que es uno de los sentidos de esa palabra, en que estableció las oposiciones de la ciencia falsamente llamada; cuando dijo que el hombre herético, sin querer dar este nombre al que se somete, aplicándolo solamente al que se engaña en la fé, se condena por su propio juicio, y que en fin todos los que se oponen á la verdad, después de haber errado y lanzando á los demás en el error durante algun tiempo, por un desgraciado progreso; es decir, después de haber deslumbrado al mundo con especiosos razonamientos y una elocuencia seductora, cesarian de avanzar por que su locura sería conocida de todos: el apóstol no quería hacerlos atar, ni probar jurídicamente que habian perdido la razon, y que era preciso declararlos incapacitados. Quería solamente enseñarnos que hay una luz de la verdad que se hace sentir hasta en el error.»

«Pero esa reputacion de tener talento, les de disculpar á los que están dotados de él cuando se precipitan ellos mismos y precipitan á los demas en el error, es por el contrario lo que los pierde. Los grandes ingenios, dice San Agustín, los espíritus sutiles, *magna et acuta ingenia*, se han lanzado en errores tanto mayores, cuanto que fiando en sus propias fuerzas, han marchado con mas atrevimiento: *In tanto majores errores ierunt, quanto pre-fidentius tanquam suis viribus cucurrerent*. No hay necesidad de atarlos ni encerrarlos como decís; esos son razonamientos que no tienen mas que una luz falsa; generalmente no hay que hacer con ellos otra cosa que dejarlos escribir mucho, y ostentar las luces de su brillante ingenio para verlos pronto, ó perderse en las unas y deslumbrarse á sí mismos como los demas, ó prenderse en los lazos de su vana dialectica.»

«Lo digo con dolor, bien lo sabe Dios: habeis querido refinaros en la piedad, y no habeis hallado digno de vos, sino á Dios hermoso en sí. La bondad por medio de la cual baja á nosotros y nos hace subir hasta él, os ha parecido un objeto poco conveniente á los perfectos, y os habeis vedado hasta la esperanza, puesto que bajo el nombre de amor puro, habeis establecido la desesperacion como el mas perfecto de todos los sacrificios; á lo menos este es el error de que se os acusa. El que quiera sostenerla, no podrá sostenerse tampoco; preciso es que se hiera á sí mismo en cien partes, ó para defenderse, ó para cubrirse y ocultar su flaco, y sin embargo decís: Probadme que soy un insensato, y otras veces: Probadme que procedo de mala fé; de otro modo, mi reputacion sola me pone á cubierto. No, monseñor, la verdad no lo sufre; sereis en vuestro corazon lo que queráis; pero nosotros no podemos juzgaros sino por vuestras palabras, etc.»

Los cargos que podian hacerse al obispo de Meaux en la prosecucion de este negocio no era mas que excesos de buen derecho, puesto que llevó la justicia hasta la venganza; pero, fuerza es decirlo en su descargo, no tanto fué culpa suya como de su edad avanzada. Arrastrado, dominado y gobernado por su sobrino, el abate Bossuet, dotado de escaso entendimiento, de alma vulgar, de corazon rencoroso y carácter depravado por el servilismo, el gran Bossuet apareció rebajado por aquel sobrino al nivel de los inquisidores de la fé y de los perseguidores del genio. Este sobrino era el que solicitaba en Roma los rayos de la Iglesia sobre la cabeza del arzobispo de Cambray con el calor de un santo que solicitase el cielo; él es el que sembraba la calumnia contra el antiguo discípulo de su tío, el que estimulaba á los ministros y embajadores del rey para arrancar al papa una condenacion; el que atacaba la inocencia de las costumbres, el episcopado, el talento, la amistad y la virtud, y el

que escribia á sus corresponsales de París, hablando de Fenelon: «*Tenemos al fin sujeta á esta bestia feroz.*» Verdadero tipo de esos celadores de la fé que se esfuerzan por agregar á los rayos del cielo la injuria y la difamacion, esos rayos abyectos de las cóleras del hombre. Pero el carácter de un gran hombre no debe sufrir las bajezas de un sobrino que llevaba tan mal su hermoso nombre. No hay aquí parentesco ni entre los genios ni entre las almas

XVI.

«Pluguese al cielo que el carácter de Bossuet no tuviese mancha mas indeleble que la inmerecida que se quiso entonces hacer recaer sobre su nombre por parcialidad hácia Fenelon en el asunto del *Telemaco* y del *quietismo*; pero desgraciadamente hay otra que ninguna indulgencia puede absolver, ni borrar tiempo alguno. Hizose opresor de las conciencias; quiso hacer reinar sobre las almas por medio de la espada los dogmas que reinaban sobre su espíritu, la uniformidad de culto que reinaba sobre el reino. No se contentó con ser el gran sacerdote de la religion de su Dios; quiso ser y fué el gran sacerdote de la religion de su príncipe.

Y a le hemos visto en su disputa con los ministros reformados, profesar el principio impio de que la religion de los súbditos es obligatoriamente conforme á la religion del príncipe; principio que subordina Dios al hombre y que hace penetrar la tiranía hasta el dominio inaccesible de la conciencia.

Sin embargo, debemos decir que esta opinion de Bossuet no era una adulacion al príncipe, sino una deificacion de los dogmas. El dogma en aquel espíritu teológico era Dios. Toda su filosofia estaba en su catecismo.

Jamás la libertad de pensar habia penetrado en aquella alma y por consecuencia tampoco la tolerancia. Estaba de tal modo convencido de la evidente realidad de sus principios, que no admitia que esta evidencia no llevase al ánimo de los demas hombres la misma comision que él tenia, atribuyendo de buena fé á la obstinacion, á la rebelion y á la impiedad del espíritu toda resistencia á la autoridad de la Iglesia. Un incrédulo para él no era un libre pensador, sino un rebelde. Teócrata hasta el fondo de las entrañas creia firmemente que el deber de los reyes era hacer reinar á su Dios sobre la tierra por la misma ley y la misma coaccion de que disponen para hacer obedecer la ley del Estado. Quería apoyar esta teocracia implacable en el Antiguo Testamento: convertir ó esterminar, esta era su tradicion. Olvidando enteramente sus invectivas contra los perseguidores del Evangelio oprimido, admitia que el Evangelio, una vez triunfante, se hizo per-

seguidor á su vez. Los mártires de cualquiera otra fé que no fuese la suya no eran para él ya mártires, sino facciosos y vencidos. Nosotros analizamos esta piadosa iniquidad de Bossuet, no para hacerla admirar, sino para hacerla condenar. Ella quita al espíritu humano, por grande que sea, el primer instinto, que es la justicia; quita al cristianismo su primera virtud, que es la caridad; quita á la religion su primera dignidad, que es la independencia. Es la esclavitud envileciendo á la vez al señor y al esclavo, traspuesta del cuerpo al alma; es el hombre á quien se entrega maniatado á Dios y á la Iglesia, en lugar del hombre elevando libremente su alma al cielo y marchando por sí mismo á su Dios y á su altar.

Esa doctrina era la de Luis XIV, espíritu en el fondo tan dócil como imperioso. Luis XIV era grande sobre todo por la voluntad. Fuera de sí mismo aquel rey no comprendia nada. Su egoismo real era su genio. Toda libertad le ofendia, aun la de creer. Su uniformidad de la fé y aun de la oracion le parecia una de las magestades de la monarquía. La política reforzaba en él estas preocupaciones. No se sentia bastante rey mientras la libre creencia de una parte de su pueblo protestase insolentemente contra su creencia de monarca. La independencia en cuanto al dogma era para él una faccion en el cielo, como la libertad era una faccion sobre la tierra.

XVII.

La larga guerra civil y religiosa de la Liga habia terminado con la abjuracion, de Enrique IV. Este príncipe habia vencido con los reformados é iba á reinar contra ellos. Su fé habia seguido á su ambicion; trocaba con chanzas impías su religion por un trono. Sabido es su dicho que llegó á hacerse el proverbio de los ambiciosos: «*Paris bien vale una misa.*»

Sin embargo, para cimentar la paz entre sus antiguos amigos los protestantes y sus nuevos súbditos los católicos, este rey, tolerante por política, habia promulgado el edicto de Nantes, que aseguraba la libertad y la igualdad de los dos cultos. Este edicto disgustaba á los católicos, porque la igualdad no era la victoria, y disgustaba igualmente á Luis XIV, porque hecho católico por la defeccion de Enrique IV del partido protestante, no podía ver en los sucesores de Enrique IV sino enemigos sobre el trono.

Sin embargo, ni el cardenal de Richelieu, tan esterminador de la aristocracia, ni el cardenal Mazarino, tan pacificador de los disturbios civiles, se habian atrevido á revocar el edicto de Nantes. Era la carta de los libres creyentes, y una mitad del reino vivia al abrigo de esta carta.

Habíanse limitado, durante la regencia de Ana de Austria á convertir por el favor parcial del gobierno las familias induyentes de la corte y de las provincias. Se compraban las conciencias una á una, y preciso es decirlo para vergüenza de las convicciones seriamente religiosas de aquella época en Francia, no se negociaban á precios muy altos. El ejemplo de Enrique IV habia hecho un juego del cambio de religion. Nadie se reconocia culpable de abjurar por un pedazo de tierra ó por un título lo que el rey habia abjurado por un trono.

Pero tan pronto como Luis XIV se vió rodeado de Ana de Austria, su madre, de fervientes católicos y pontífices imbuidos en las tradiciones españolas, el plan de uniformar la fé en el reino por la seduccion, por la coaccion, y en caso de necesidad, por la violencia, se hizo el alma del gobierno. Todo convergió de lejos y constantemente á este objeto.

No fué difícil á los políticos hacer comprender á aquel joven príncipe que la última levadura de la rebelion estaba en el culto heterodoxo, y que no seria verdaderamente rey sino despues que tuviese el derecho de gobernar á sus pueblos en nombre de un Dios, por decirlo así, real.

No fué difícil á sus obispos hacerle mirar este gran servicio prestado á la Iglesia como espacion de las ligerezas ó de los escándalos de su juventud. Creyó que Dios perdonaria todo á un príncipe que le devolveria un pueblo.

El amor y la guerra suspendieron por largo tiempo estos pensamientos; pero cuando se halló cansado á la vez de gloria y de placeres, y cuando madama de Maintenon, el duque de Beauvilliers, el duque de Montansier, Bossuet, el arzobispo de Reims, el canceller Letellier y toda la parte devota de la corte comenzaron á volver su espíritu ocioso y escrupuloso hácia los intereses de la religion, Luis XIV continuó este plan con mas ardor. De la seduccion se pasó á la violencia. Misioneros escollados de dragones se derramaron bajo el impulso de Bossuet y aun de Fenelon, por las provincias del Oeste, del Mediodia y del Este, por todas partes donde el protestantismo, mas arraigado en las poblaciones que se habian distinguido por su tenacidad, resistia mas á la predicacion. Esta relacion es horrible; pero necesaria. Calar el mal, es adularlo.

XVIII.

Es autorizó á los hijos, desde la edad de siete años á abjurar la religion de sus padres. Las casas de los que rehusaban entregar sus hijos fueron invadidas y saqueadas por las tropas del rey. La espropiacion del hogar y el fraccionamiento de la familia obligaron á la

poblaciones á huir de la persecucion declarada.

Alarmado el rey con esta despoblacion impuso la pena de galeras á los que buscasen la libertad en la fuga.

Dispuso la confiscacion de todas las tierras y casas vendidas por los propietarios que intentaron salir del reino.

Categorizó la nacion por conciencia, escluyendo de casi todos los empleos, y muy pronto de todos los oficios, á los que persistian en el culto proscripto, de suerte que el pueblo fué reducido á elegir entre la vida y la abjuracion.

Se pronunció el destierro perpétuo contra los ministros que sostenian y propagaban su fé por medio de la palabra.

Estos servicios levantaron murmullos y sediciones en las provincias asi atormentadas, y fueron castigados con suplicios.

El nieto del conde de Enrique IV que habia redactado el testo del edicto de Nantes, fué enroldado en Grenoble por haber reivindicado el beneficio del acta real, y otros ahorcados en Totosa.

«La Francia se parece á un enfermo á quien cortan brazos y piernas para curarlo,» escribe la reina Cristina de Suecia, que visitaba el reino en aquel momento.

Pronto se organizó la proscripcion en masa. Toda la caballería del reino, ociosa á causa de la paz, fué puesta á disposicion de los predicadores y obispos para sostener las misiones por el sable.

«El rey quiere,» escribia el ministro Louvois, hijo de Letellier, amigo, «que se haga experimentar los últimos rigores á los que rehúsen abrazar su religion, y es necesario llevar estos rigores hasta el extremo con los que tengan la necia gloria de querer convertirse de los últimos.»

Resulta, pues, que Bossuet aprobaba estas persecuciones; la fé religiosa y política justificaba á sus ojos la necesidad. Su correspondencia está llena de indicios, sus actos llenos de complicidades; su elocuencia misma, como se va á ver, está llena de aprobacion y de entusiasmo para esas opresiones del alma y para esos terrores de la heregia.

En fin, cuando esos terrores no dejaron casi ya voz á las murmuraciones, el rey se atrevió á dar el gran golpe de Estado contra la libertad de conciencia. La revocacion del edicto de Nantes fué pronunciada por otro edicto del rey.

El partido de Bossuet y el de la corte, confundidos en una misma alegría, no tuvieron mas que un grito para aplaudir el triunfo de la violencia. La persecucion, hasta entonces ilegal y disfrazada, llegó á ser ley del Estado. La patria se ocultó de repente bajo los pies de cerca de una cuarta parte de sus hijos. Fué preciso abjurar ó el nombre de francés ó la fé de su conciencia.

«Acabais de ver sin duda, escribe madama de Sevigné el 31 de octubre, el edicto por el que el rey revoca el de Nantes. Nada hay mas

hermoso que este edicto, y jamás un rey ha hecho, ni hará nada tan memorable!»

Así, segun los lugares y los tiempos, ha habido aplausos para los perseguidores, como para los oprimidos. El espíritu de partido desnaturaliza el instruto de equidad y de piedad hasta en el alma de las mugeres. La historia sola es del partido de las victimas.

XIX.

Las persecuciones legalizadas que siguieron á la revocacion del edicto de Nantes recuerdan las mas célebres proscripciones de los anales humanos. Se propuso la prision en masa de todos cuantos se declarasen rebeldes á la religion del rey. Los sacerdotes reformados tuvieron quince dias para abjurar ó salir del reino.

Millares de familias, desarraigadas y espropiadas de la patria, huyeron por todas las fronteras y por todos los mares. Estas colonias de proscriptos se esparcieron por Alemania, Inglaterra, el Piamonte, las montañas de los vau-deses y hasta las estremidades del Africa y de la América. Las órdenes del rey que las condenaban á la expatriacion les prohibian al mismo tiempo la fuga. Las prisiones no bastaban á contenerlas y las galeras estaban atestadas de esos criminales que preferian el martirio á la abjuracion.

Todo era crimen en los que se hallaban retenidos en Francia. Les estaba prohibido tener criados ú obreros católicos, por temor de que la religion de los amos corrompiera á los criados. Estábales prohibido tambien tenerlos protestantes, por temor de que sus casas sirvieran de asilo á los correligionarios. Se les obligaba á asistir á las ceremonias y participar de los sacramentos del culto que repudiaban de corazon.

Tenemos á la vista cartas de Bossuet que discuten gravemente estas medidas, y deciden por que signos se podrá reconocer la sinceridad ó castigar la hipocresia de esas asistencias forzadas á las ceremonias de la Iglesia. Los que al morir se negaban á cumplir los ritos católicos, eran arrastrados al suplicio y arrojados al muladar como animales inmundos.

El terror encendió el fanatismo. Las Cevennas, comarca áspera y bíblica del Mediodía, hicieron explosion, y fueron sofocadas en sangre. Asesinatos recíprocos consternaron á aquellas provincias. Un sacerdote, de un celo fanático, el abate del Chailla, despues de haber sido mutilado como misionero en las Indias, vuelve á atormentar el mismo á sus compatriotas protestantes en las Cevennas. Mártir á su vez es inmolado sobre los cadáveres de los que habia inmolado. Cada uno es alternativamente ó un

nismo tiempo verdugo y víctima. Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes son, segun las vicisitudes de la guerra, perseguidos, cercados y fusilados en los antros de las rocas de aquellas montañas.

Tres ejércitos del rey, mandados por mariscales de Francia, bastan apenas á extinguir aquella Vendée en su sangre. Todo muere, todo huye ó todo abjura. El ojo y la mano del gobierno no se ocupan ya bajo la direccion, aqui paternal y allí cruel, de los teólogos, sino en perpetuar una purificacion doméstica que arranca los hijos á los padres y á las madres sospechosas ú obstinadas para sacarlos de su fé y arrojarlos en los conventos bajo la férula de maestros de otro culto. El mismo Fenelon no se distingue en este apostolado político, sino por los medios mas dulces de persuasion; pero aprueba en dos cartas el empleo de las tropas y la intimidacion saludable para inducir á la abjuracion por el miedo.

En cuanto á Bossuet, triunfa y tomá atrevidamente la responsabilidad de la proscripcion sobre el féretro de su amigo el canceller Letellier, ministro maquinador, autor y ejecutor de aquellas barbaries. En la oracion fúnebre que pronuncia en loor de su amigo, le envia ante Dios con sus proscripciones por título de salvacion y de gloria.

«Nuestros padres, dice en ese panegírico, no habian visto, como lo vemos nosotros, una heregia inveterada caer de repente sobre el universo asombrado de ver en un acontecimiento tan nuevo la señal mas segura como el mas bello uso de la autoridad, y el mérito del principe mas reconocido y reverenciado que su autoridad misma!»

Despues, remontándose hasta el lirismo y entonando el cántico de triunfo sobre la Francia purgada de tantos millones de proscriptos por la mano de esos purificadores de la fé, esclama:

«No dejemos sin embargo pasar este milagro de nuestros dias; contémoslo á los siglos futuros! Tomad vuestras plumas sagradas, vosotros que componeis los anales de la Iglesia!... ágiles instrumentos de un escritor listo y de una mano diligente! Apresuraos á poner á Luis XIV con los Constantinos y los Teodosios! Antes de estos emperadores, cuyas leyes proscribieron las reuniones de los hereges, las sectas permanecian unidas y se sostenian largo tiempo; pero desde que Dios suscitó los principes cristianos para prohibir esos cultos á los hereges, y el clero que velaba sobre ellos les impidió ejercerlos en particular, murieron sin posteridad los obstinados, porque no podian enseñar libremente su dogma. Así caía la heregia con su veneno.»

Y despues de haber celebrado una persecucion reciente y mas maravillosa segun él, añade:

«Elevemos hasta el cielo nuestras aclamaciones, y digamos á ese nuevo Constantino, á

ese nuevo Teodosio, á ese nuevo Marciano, á ese nuevo Carlo Magno, lo que los seiscientos padres de la Iglesia decian antiguamente en el concilio de Calcedonia: Habeis afirmado la fé, habeis esterminado á los hereges, obra es esta digna de vuestro reinado Rey del cielo, conservad al rey de la tierra este es el voto de la Iglesia y el de los obispos!

«Cuando el piadoso canceller selló al fin esa revocacion del célebre edicto de Nantes, exclamó que despues de este triunfo de la fé y tan hermoso monumento de la piedad del monarca, no le quedaba ya que hacer otra cosa que morir. Esta fué la última palabra que pronunció en las funciones de su ministerio!»

Despues de tales palabras, es imposible absolver á Bossuet de complicidad en esa marcha del reinado; su implacabilidad teológica cambiaba por su propia boca lo opresion de conciencia en virtud. No se puede menos de lamentar esa falsa conciencia que obliga á la historia á inscribir, al lado de tan brillante genio y de tan gran celo, el título de proscriptor.

Pero es necesario que asi suceda: cuando el celo se convierte en pasion, llega á ser violencia, y cuando el celo coge la mano del poder político, el apóstol se hace responsable del verdugo.

Apresurémonos á correr el velo sobre esta parte del apostolado de Bossuet. No era su alma, sino su lógica la cruel. No se vengaba á sí mismo; pero tenia el orgullo de creer que vengaba á Dios. ¡Leccion terrible para todos los excesos de celo, para todas las opiniones y para todos los tiempos!

XX.

La muerte del principe de Condé volvió á inspirar al pontífice una elocuencia mas digna de él. En esta ocasion pronunció la última y la mas sublime de sus oraciones fúnebres. Parece que al acercarse él mismo al sepulcro, su genio contraía su solemnidad. La muerte del principe de Condé, su primer protector y su admirador mas constante, le decia que toda celebridad debe morir.

Aquellas dos grandes glorias del siglo, la una en la guerra y la otra en las letras y la religion, parecian arrastrarse mutuamente. Bossuet oyó el aviso en su corazon y lo repitió su voz. La peroracion de este discurso es la cúspide de la elocuencia moderna. Los antiguos no tienen acentos semejantes.

La vejez, la contemporaneidad y la igualdad de nivel entre el orador y el héroe ascendido á sus pies, completaban la elocuencia. El espectáculo era tan grande como el discurso.

«Dirigid la vista á todas partes, dice Bossuet, ahí tenéis cuanto la munificencia y la

«piedad han podido hacer para honrar á un héroe; títulos, inscripciones, vanas señales de lo que ya no es; figuras que parecen llorar al rededor de un sepulcro, y frágiles imágenes de un dolor que el tiempo arrebató con todo lo demás; columnas que parecen querer llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra nada: en fin en todos esos honores no falta mas que la persona á quien se tributan.

«Llorad, pues sobre esos débiles restos de la vida humana. Llorad sobre esa triste inmortalidad que damos á los héroes. Pero acercaos particularmente, vosotros, que correis con tanto ardor por el camino de la gloria, ¡almas guerreras é intrépidas! ¿Quién fué mas digno de mandaros? ¿Pero en quién habeis encontrado el mando mas dulce y paternal? «Llorad pues á ese gran capitán y decid gimiendo: he ahí el que nos llevaba á la victoria; bajo su dirección se han formado tantos famosos capitanes á quienes sus ejemplos elevaron á los primeros honores de la guerra: su sombra pudiera haber ganado todavía batallas, y he aquí que en su silencio su nombre mismo nos anima y parece advertirnos que para hallar en la muerte algún resto de nuestros trabajos, y no llegar sin recurrir á nuestra eterna morada, con el rey de la tierra, es necesario también servir al Rey del Cielo.

«Servid, pues, á ese Rey inmortal y tan lleno de misericordia, que os contará un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, mas que todos los otros harán jamás con toda vuestra sangre derramada; y comenzad á contar el tiempo de vuestros útiles servicios desde el día en que os hayais dedicado á un Señor tan bueno.

«Y vosotros ¿no vendreis á este triste monumento, vosotros, digo, á quien se dignó colocar en el rango de sus amigos? Todos juntos, cualquiera que fuese el grado de confianza que os hubiese dispensado, rodead ese sepulcro, derramad lágrimas con oraciones, y admirando en tan gran príncipe una amistad tan tierna y un trato tan dulce, conservad el recuerdo de un héroe, cuya bondad había igualado á su valor. ¡Ah! ¡plegue al cielo que ese recuerdo os sea siempre querido! ¡plegue al cielo que podais aprovecharos de sus virtudes, y que la muerte que deplorais os sirva á la vez de consuelo y de ejemplo!

«En cuanto á mí, si me es lícito después de todos los demás venir á tributar los últimos deberes á ese sepulcro, ¡oh príncipe! digno asunto de nuestras alabanzas y de nuestros pesares, vivireis eternamente en mi memoria... Vuestra imagen quedará grabada en ella, no con esa audacia que prometía la victoria, no, no quiero ver en vos nada de lo que la muerte borra. Tendreis en esa imagen rasgos inmortales; yo os veré tal como erais en ese último día bajo la mano de Dios, cuando

«su gloria comenzó á presentarse á vuestra vista. Allí os veré mas triunfante que en Friburgo y en Rocroy, y encantado con tan brillante triunfo diré en acción de gracias estas magníficas palabras del muy amado discípulo: *El hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (la verdadera victoria, la que pone bajo nuestros pies el mundo entero, es nuestra fé).

«Gozad, príncipe, de esta victoria, gozad de ella eternamente por la inmortal virtud de ese sacrificio. Recibid los últimos esfuerzos de una voz que conocisteis. Vos pondreis fin á todos estos discursos. En vez de deplorar la muerte de los demás, gran príncipe, en adelante quiero aprender de vos á hacer la mia santa; ¡dichoso si, advertido por estos cabellos blancos de la cuenta que debo dar de mi administración, reservo al rebaño que debo alimentar con la palabra de vida los restos de una voz que decae y de un ardor que se extingue!»

XXI

Bossuet se retiró mirando la muerte con la misma magestad con que se retiraba de la sagrada cátedra. Entró cada vez mas en el recogimiento de su crepúsculo, como un sacerdote que se desliza bajo las sombras de las naves de una iglesia.

Sus apariciones en la corte fueron ya mas raras, así como mas largas y frecuentes sus estancias en Meaux y en su retiro campestre de Champignes. Había acabado su tarea, había hecho reinar por la palabra, y desgraciadamente para él, por la espada, esa unidad de culto que con la unidad despótica del trono subordinado á la Iglesia era la utopia de su vida.

Como pontífice nada tenía ya que desear. Como hombre se resignaba á no haber alcanzado el doble objeto de su vida eclesiástica: el arzobispado de París y la dignidad de cardenal. El rey le había hallado demasiado plebeyo y el papa demasiado francés para engrandecer en él el gran tribuno de la Iglesia galicana.

No se puede dudar que sentiría frecuentemente con secreta amargura de su corazón aquella ingratitud del rey y aquel resentimiento de Roma, porque era uno de esos espíritus que no separan la grandeza moral de la grandeza de las situaciones. Un episcopado subalterno le parecía contrastar injustamente con la eminencia de sus servicios y la superioridad de su genio.

De vez en cuando vemos en sus cartas respirar cierta humillación y cierta censura no articulada de aquella injuria de su destino. El arzobispado de París y la púrpura romana faltaban, según él al brillo de su nombre. Pero

estos dos pesares, compensados por tantos respetos de la corte y de la Iglesia, no salieron jamás á sus labios. Si murmuró en voz baja la palabra de los servicios mal retribuidos como Strafford: *Nolite fidem principibus et filiis hominis, quia non est salus in illis* (no pongais vuestra confianza en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no hay salvación en ellos) á lo menos no las pronunció jamás en voz alta.

La fé y la piedad cerraron silenciosa y santamente aquellas cicatrices de su corazón. Puso su gloria en su fé y su fé en su gloria. No entristeció su vejez, ni á sus amigos con esas quejas sobre la ingratitud de los hombres y las esperanzas burladas, que son los consuelos de las almas pequeñas, y el desden de las grandes. Envejeció en Dios como había vivido en él.

XXII

Estos pesares le apartaron del mundo, con el cual había contado tal vez demasiado en su vida. El estudio, y sobre todo la poesía sagrada, fueron ya su ocupación constante y el encanto de sus horas: la poesía es la elocuencia del ocio y de la fantasía.

Componía muchos versos que dejaba entretener á sus amigos, pero que anonadaba á medida que los escribía, ora porque los juzgase indignos de su prosa, ora porque los considerase como un juego de la palabra, muy poco grave para su carácter sagrado; pero llenaba su vida con la oración interior, con la recitación de su breviario, la asistencia á las ceremonias de su catedral, las polémicas sobre las cuestiones teológicas de la época, el perfeccionamiento de sus obras literarias y de sus arengas ya publicadas, y la preparación de algunos sermones familiares para su humilde auditorio de Meaux.

XXIII

Su alma se hallaba entregada á una continua, pero regular actividad de espíritu. Dormía poco, como los viejos, cuyas vigilias parecen querer disputar de antemano algunas horas mas de pensamiento al sueño eterno que se aproxima: una lámpara ardía de noche en su aposento. Se la veía lucir de lejos al través de las ventanas de su habitación, entre los árboles de su jardín, en los flancos de la colina, dominada por su palacio y por las sombras macizas de su catedral. Esta lámpara era para los habitantes de Meaux el símbolo de su pensamiento. Los

jardineros cuyas cabañas estaban esparcidas sobre la colina opuesta, conocían aquella luz matinal, y la llamaban la *estrella de monseñor*.

XXIV

Muchas veces se levantaba por la noche para notar que la pluma las ideas que visitaban sus insomnios.

Abrigado, dice su secretario, con una piel de oso cuyos pelos estaban vueltos hacia dentro, los pies generalmente desnudos, la cabeza emblanquecida por la nieve de la edad, y su cuerpo alto y delgado, se asemejaba á esos profetas cuyos versículos recitaba y comentaba incesantemente.

Salmodiaba antes del día á media voz las antiguas liturgias que la Iglesia ha llamado *Maitines* por alusión á las horas nocturnas en que deben recitarlos sus ministros. Trabajaba en seguida dos ó tres horas en sus composiciones históricas, en sus preparaciones de discursos y en sus poesías.

La rapidez de su pluma, que apenas se oía rozar la página con un movimiento continuo y regular, recordaba esas plumas ágiles, rápidos instrumentos de la inteligencia, que había invocado en su oración fúnebre del canchiller.

Como todos los escritores que quieren trabajar mucho, arrojaba la pluma tan pronto como no corría entre sus dedos. Sabía que el genio es una juventud del pensamiento y la inspiración cesa en cuanto comienza el cansancio. Entonces se volvía á acostar al rayar el alba y reposaba su alma en un segundo y breve sueño. Dedicaba el resto del día al mundo, á los negocios, á la catedral, á la mesa frugal, al ocio, á la conversacion, á la lectura y á la jovialidad graciosa con sus amigos.

XXV

Su opulencia le permitía descuidar completamente sus asuntos domésticos. El mismo confesaba su ineptitud para esos intereses mezquinos de una gran casa: la Iglesia y el rey se habían encargado de ellos. Dejaba correr abundantemente en un lujo fácil, en el seno de los pobres, de los amigos y parientes lo superfluo de sus ahorros. Tenía una corte de amigos, compuesta de los primeros hombres de su siglo.

Ademas de Fenelon, que había perdido su siete años su arrebatamiento, se contaban en